

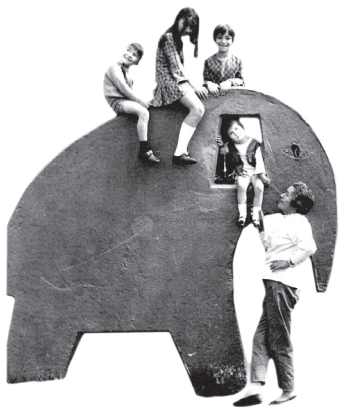
¡VENGA LE ECHO UN

CUENTO!



bogotá
en 100 palabras

Los mejores 100 relatos breves



ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Alcalde Mayor de Bogotá
Enrique Penalosa Londoño

Secretaría de Educación del Distrito
María Victoria Angulo González

Secretaría Distrital de Cultura,
Recreación y Deporte
María Claudia López Sorzano

Presidente Ejecutivo Cámara Colombiana del Libro
Enrique González Villa

Selección
Fundación Plagio de Chile

Diseño y diagramación
Oficina Asesora de Comunicación y Prensa
— Secretaría de Educación del Distrito

Fotografía
La Florida, 1949. Propiedad de Carolina Castro.
Album familiar Colección Museo de Bogotá - IDPC

Impresión
Imprenta Nacional
2017

ISBN: 978-958-56217-4-9

DISTRIBUCIÓN GRATUITA – PROHIBIDA SU VENTA



BOGOTÁ
MEJOR
PARA TODOS

¡VENGA LE ECHO UN
CUENTO!

bogotá
en 100 palabras

Los mejores 100 relatos breves

El poder de la escritura como medio de expresión nos llevó a invitar, hace unos meses, a personas de todas las edades a escribir historias inspiradas en la ciudad. El único límite: 100 palabras. La respuesta superó las expectativas. Más de 9.100 ciudadanos participaron en este concurso de cuento que los llamó a imaginar, soñar y narrar.

Bogotá en 100 palabras se enmarca en nuestro plan “Leer es Volar” que busca que más ciudadanos se enamoren de la lectura y la escritura. Por eso, además de fortalecer las bibliotecas públicas y las escolares, estamos llevando los mejores libros a distintos espacios. Lugares como parques, plazas de mercado, hospitales, centros de desarrollo infantil y estaciones de Transmilenio propician hoy encuentros con la lectura y la escritura.

Esperamos que esta selección de los 100 mejores relatos, que circulará en estos espacios, inspire a más personas a escribir.

Enrique Peñalosa Londoño

Alcalde de Bogotá

Bogotá se escribió en 100 palabras, más de 9.000 personas asumieron el reto de contar la ciudad desde sus propias experiencias con creatividad y acierto, reflejado en un relato breve. Cada uno de los escritos que recibimos es una muestra de las distintas facetas de los ciudadanos que viven diariamente la ciudad, sus caracteres, preocupaciones, anhelos y esperanzas, pero sobre todo su necesidad de ser escuchados y gracias a este concurso lo hicimos a través de la palabra escrita.

El reto era enorme, desde la Alcaldía Mayor y la Cámara Colombiana del Libro, nos propusimos, lograr que los ciudadanos se apropiaran de su ciudad a través de la escritura, como herramienta para dar a conocer su realidad, y ahora, en este libro que reúne los 100 mejores relatos de Bogotá en 100 palabras, vemos en papel una radiografía de los ciudadanos que con su creatividad narran diariamente sus propias historias.

Enrique González Villa

Presidente Ejecutivo

Cámara Colombiana del Libro

Hay muchas voces que conviven en una ciudad. Están las más fuertes, están las que callan. Las más jóvenes y aquellas que han visto los cambios que da el tiempo. “Bogotá en 100 Palabras” les abre un espacio a todas. A través de una invitación sencilla, a escribir cuentos en no más de 100 palabras, el concurso logró convocar a más de nueve mil voces, nueve mil visiones de la capital colombiana.

Fueron niños, jóvenes, adultos mayores, hombres, mujeres de todas las localidades de la ciudad que enviaron sus relatos, recuerdos, experiencias de ciudad y que nos permiten hoy presentarles este libro con los 100 mejores cuentos. Una radiografía de la ciudad escrita por sus propios habitantes. A través de estos relatos, conocemos un poco más del Bogotá profundo, el de aquellos que transitan día a día por sus calles y rincones. Estos cuentos iluminan pedazos de una ciudad que muchas veces ha permanecido oculta, y que como fotografías, nos presentan un estado de las cosas, realidades paralelas que coexisten en esta publicación y que construyen finamente el imaginario de sus ciudadanos.

“Bogotá en 100 Palabras” tiene como antecedente “Santiago en 100 Palabras”, un proyecto que comenzó el 2001 y que hoy se ha extendido a otras ciudades de Chile y el mundo. El proyecto ha permitido aportar a la identidad de las ciudades donde se desarrolla por medio del fomento lecto escritor. Para Fundación Plagio es un honor llegar con las 100 Palabras a Bogotá. Una ciudad rica en historias y que estamos seguros aun tiene mucho más que contar.

Esperamos que esta iniciativa siga creciendo de la mano de la participación ciudadana y que, juntos, vayamos construyendo el relato de la Bogotá con que soñamos.

Fundación Plagio

N° 7493

Título: Gravedad

Todos los días nos paramos en la esquina de la Jiménez. A mi papá poco lo miran. Preparo el tarrito de monedas. "¡A trabajar!" —me dice—, atrapado en su traje de astronauta. Y en ese momento se paraliza por completo. Cuento las monedas una y otra vez. Llueve un poco mientras el sol mira por un instante hacia la plaza. En la noche, cuando todos se van, mi papá por fin me habla. Camino a casa me cuenta las aventuras que vivió en algún rincón de otra galaxia.

Jonnathan Pastor Jiménez Toloza, 27 años, Teusaquillo.

N° 6035

Título: La ventana

Se miró en el espejo del corredor: cuello de lechuguilla, calzas abullonadas de tejido rojo, jubón beige, zapatos negros con hebilla y en su cabeza, una peluca cana. La casa conservaba los ladrillos de terracota y el tejado imitaba la época colonial. Las molduras de las puertas eran antiguas y tristes. Hizo una reverencia palaciega, mirándose de reojo. Afuera, el ruido de carros modernos y veloces, de estudiantes bullosos, de oficinistas apurados, de música irritante. Se asomó lentamente entre los barrotes de la ventana. No era su época... Seguía siendo un fantasma.

Eduardo Fernández Alonso, 53 años, Santa Fe.

Nº 4159

Título: Hambre

Laida va por la calle séptima, una de las avenidas más frías de Bogotá. Ve una cadena de oro que resplandece con el sol. Una mujer avanza elegante por su carril. Su mirada persigue el objeto que hace más profunda su hambre y más largas sus manos. Piensa en la policía y en la cárcel. En lo mal que la ha pasado en ese lugar. La posibilidad de estar tras las rejas la hace dudar. Se aproxima a la mujer. No es ella quien roba, es el hambre.

Andrea Yisell Avendaño Estrada, 15 años, Ciudad Bolívar.

N° 6854

Título: Los tamales santafereños que salvaron al presidente

Hace mucho tiempo vivió Lucio, un vampiro hijo de Drácula. Él le dijo que mordiera al presidente de Polonia para quedarse con todo el poder. Lucio se fue al aeropuerto y pidió un vuelo directo, pero por estar hablando por celular se equivocó y tomó el vuelo en dirección a Colombia. Aterrizó en el aeropuerto de Bogotá y le preguntó a un señor dónde estaba la casa del presidente. Llegó al lugar indicado, sin embargo, antes de entrar vio una tiendita donde vendían ricos tamales santafereños. Se comió uno y le gustó tanto que se le olvidó a qué había ido.

Paola Sofía Mejía Pacanchique, 6 años, Barrios Unidos.

Nº 469

Título: Hundirse con nosotros en el agua

—No es que sea bonita Bogotá —ya le dije—. Es una ciudad que llora todo el tiempo, digo, que llueve todo el tiempo y digo llora porque yo también lluevo y nos la pasamos escampándonos juntos. Cuando ella se moja, yo la seco. Mientras la camino, se pone verde, de un verde grillo y selva. Cuando yo estoy mojado, ella saca el sol inédito, ése que pega de lado y todo se vuelve sombra y luz, así me escurre el alma. Yo la mojo y ella me seca, ella me llora y yo la lluevo, así nos la pasamos.

Clara Cristina Acosta Ossa, 39 años, Teusaquillo.

Nº 304

Título: La última vida

El lugar siempre me había atraído. La iglesia de Lourdes tenía algo que me llamaba. Esa noche no pude resistir y acompañado por la luna cachaca decidí entrar furtivo. Las calles que me separaban languidecían entre prostitutas y borrachos. Me llegaba de lejos el sonido de los antros chapinerunos y al doblar una esquina vi cómo se alzaban aquellas torres góticas. Los redobles del corazón me arrastraban con fuerza y cuando estuve en el atrio vi una sombra atravesando el portal. El golpe fue contundente. Esa noche aprendí, con mi último maullido, que la curiosidad sí mata gatos.

Felipe Díaz Rodríguez, 29 años, Kennedy.

Nº 5068

Título: Al final del cotejo

Sobre el campo de juego quedan tendidos los ánimos de triunfo de once jugadores y el sudor de la victoria de otros once. En el terreno quedan también, como si hubieran sido lanzadas para matar, palabras de todos los calibres. Invisible, se presiente la saliva iracunda de los hinchas de cualquier color, quienes, como guerreros ebrios, con sus caras largas y sus ojos llenos de ira, arrojan gritos, insultos y pretensiones insensatas. Dos batallas se han librado. En una se lanzan tiros al arco, en otra, se lanzan flechas de voz que dejan ecos en el silencio del estadio.

Juan Camilo Espinosa Sánchez, 30 años, San Cristóba.

N° 8754

Título: Mi amigo el mosquito

Tengo un amigo que no me deja dormir. Todas las noches viene desde Doña Juana y me visita. Es terco, le gusta quedarse hasta tarde, aunque le diga que se vaya. Realmente nunca sé a qué hora se marcha, siempre termino dormido y cuando amanezco ya no está. Eso sí, deja todo ordenado y sin rastro de su presencia. Excepto unas manchas rojas en mi piel que pican mucho. Aunque sea un poco intenso, no estoy de acuerdo con que mi mamá lo mate. Al fin y al cabo, es el único que intenta leerme un cuento antes de dormir.

Sebastián Córdoba, 15 años, Suba.

N° 2744

Título: bogotÁ

Amada casa, afamada y vasta sabana clavada al alma.
Atascada y afanada al alba, cansada, amargada y maltratada
al acabar la mañana. Tramadas y macabras trampas atrasan
la avanzada. Cansada, alzas las alas para clavar la daga y
bajar la máscara a la maldad, cabalgas franca la campaña
hasta ganar la gran batalla. Las masas aplastan la maldad
acallada, alaban y narran las bravas hazañas alcanzadas.
Abrazas las razas, cantas a carcajadas, hablas a la cara.
Apagas la llama y das frazada a la callada calma. Faltan las
palabras para alabar tan magnas agallas. Palmas y más
palmas, amada casa.

Guillermo León Cardona Gallego, 36 años, Usaquéen.

Nº 4705

Título: Mi reflejo en el espejo

Me gusta salir a caminar en las noches por la ciudad cuando llueve, ver la neblina, la luna y las nubes que la cubren. La ciudad toma un aspecto frío, macabro, la clase de macabro que me gusta. Miro a la gente con desconfianza, ellos me rechazan con su mirada, por vestir de negro, maquillarme y usar gabanes. Siento sus miradas acusantes y los veo cual monstruos al asecho despreciando todo lo que es diferente a ellos. Al regresar a casa, me veo en el espejo, me doy cuenta que al igual que ellos, soy un monstruo, solo que diferente.

Andrew Blacksmith, 34 años, Suba.

Nº 996

Título: Una casa es una casa

Los Padilla eran tres niños que vivían en un apartamento sin papás en Nicolás de Federmán. Nosotros éramos sus vecinos. Compartíamos la bicicleta de mi hermano. Habíamos inventado una ruta que llamábamos "translugariana". Nos turnábamos la bici y cronometrábamos el tiempo de cada uno. Mucho antes de saber de desahucios, al regresar de mi turno en la bici, me encontré con los muebles de los Padilla en la calle. La sala había sido reconstruida en la acera y mi hermano servía roscón con gaseosa. Mientras algún adulto llegaba, pensamos que la calle parecía un buen lugar para la sala.

Pablo Nicolás Burgos Bernal, 44 años, Teusaquillo.

N° 1540

Título: B12

Después de los recortes me dieron tarjeta del Transmilenio. Soy la muerte Bogotana, ¿cómo me hacen esta mierda? —dije enfadado—. Pero la situación está dura. Nada de coches tirados por caballos negros o motocicletas que arrojan fuego, ¡con lo cara que está la gasolina! Entonces, fila, recargue, métase a las malas, con guadaña y todo, a la gente le incomoda, pero cuando me ven ahí se ríen, creen que lo mío es un disfraz y hasta una moneda me he ganado (no todo puede ser malo). Ahora, espero el B12, si llego tarde no hay entierro.

Heidy Elem Romero Vargas, 30 años, Los Mártires.

Nº 147

Título: Aguacero

Garzón descendió del pedestal. —Definitivamente el mundo es una ruana y a Bogotá le tocó el hueco —murmuró—, mientras entraba al primer cafetín sobre la avenida. Pidió un tinto. Al rato, el cielo se cuarteó dejando de llover. Ya no se parecía al lomo de un burro. Desde su mesa, el humorista admiraba cómo las nubes recogían gotas reposadas sobre el verdor de los cerros orientales. Espantó el frío sobre su nariz con el último sorbo del pocillo. Se levantó. Era hora de regresar, antes de que los bogotanos se consternaran al vivir de nuevo su ausencia.

Jorge Armando Duque Papagayo, 34 años, Fontibón.

Nº 230

Título: La corbata roja

Su corbata, igual que la angustia, estaba aferrada a su cuello. Aburrido, decidió dar un paseo por la calle. Salió y compró un baguette en una panadería cercana. Sin ánimos, se sentó en una banca del Parque Santander y aventó migas de pan que convocaron a dos o tres palomas. Con miedo, observó que la masa crecía, cuarenta o cincuenta palomas rodeaban su banca. Se atemorizó y cerró los ojos. Al cabo de unos minutos, un tropel de palomas se había tomado el parque. Sólo se encontró, en el centro, abandonada, una raída corbata roja.

Juan Nicolás López Martínez, 25 años, Teusaquillo.

Nº 5548

Título: Fantasmas

El loro de Silva repite y repite “¡que aserrín que aserrán que los maderos de San Juan!”. Lo vieron volando vestido de negro por La Candelaria, a Silva, no al loro, agarrado a un paraguas, de saco y bombín. Las calles de piedra recuerdan sus pasos fantasmas, y su sombra bajo la luna se funde con el ladrido de perros y voces de gente que ya no habitan estas casas. Repite y repite. Que hablen los muertos y que la noche se llene de perfumes, de murmullos y de música de alas, las del loro, no de Silva.

Yonny Alexander Rodríguez Ardila, 47 años, Usaquén.

Nº 4778

Título: Recargo Nocturno

—Es tan amable y me lleva a Los Laches por favor —pidió ansiosa Martina mientras se subía al taxi—. No muy contento se puso el taxista al oír que el bizcocho que había recogido sonaba más a Martín que a Martina. —Tiene que bajarse acá, este no sube hasta allá, es de gas —dijo con aversión mientras cruzaban la séptima—. —No tengo un peso, tengo en la casa —respondió preocupada. Sin más remedio, el taxista continuó. —¿Cuánto es? —, —\$10.500. Martina saca el dinero y se lo entrega. —¿No dijo que no tenía? —¿No dijo que no subía?

Jaime Hernán Chávez Mariño, 28 años, Teusaquillo.

N° 1370

Título: Se busca

La gente no lo podía creer. El águila se había volado. La bandera de Bogotá estaba desolada. Solo quedaba la franja amarilla y roja. Los expertos en símbolos patrios estaban consternados. La buscaron en la unión del rojo y el amarillo, entre los hilos de la bandera, revisaron las banderas vecinas, las viviendas, los parques, los zoológicos e incluso en la Casa Real Española. Llamaron a los escritores a buscarla entre las palabras, en los libros y los cuentos. Pero en estas palabras tampoco la encontré.

Juan Camilo Cuervo Restrepo, 22 años, Chapinero.

N° 1238

Título: Bogó-tanto

Esa mañana, en la capilla de Ciudad Bolívar, vio que la cola para comulgar no era tan larga. Hizo la fila y participó de la eucaristía. Después del amén volvió hasta el último lugar y esperó de nuevo el cuerpo y la sangre de cristo. Así repitió 6 veces más. Nunca lo habían visto entre los feligreses y sus harapos eran el disfraz para generar conmiseración en los presentes. Se sentó de nuevo y por fin pudo calmar su hambre. Nunca en Bogotá había sentido ese aire de salvación. Su boca le sabía a una extraña luz.

Daniel Bernardo Olarte Mutiz, 53 años, Chapinero.

Nº 5007

Título: La despedida

Pedí permiso en la oficina para salir temprano. Carolina se va a Princeton a hacer su maestría. No sé cuándo la volveré a ver. Me subo al Transmilenio del aeropuerto. Va repleto. No sé cómo proteger las rosas amarillas que son sus preferidas. Tengo muy poco tiempo para despedirme. Me abstraigo pensando en su sonrisa. De repente, me percató de que llevamos un buen rato sin movernos. Alguien dice que los de la Pedagógica tienen trancada la 72. Por la ventana, veo a policías y a estudiantes correr. Hay gases lacrimógenos. Un ardor intenso me invade los ojos. Lloro. Lluve.

Txomin Las Heras Leizaola, 56 años, Chapinero.

Nº 2417

Título: La esperanza se fue

Hoy mamá me dio cinco mil pesos. Paseo de ida, me voy al centro. Palomas descalzas se mueven a ritmo contento. Don Pedro me vende maíz, les doy un poco. ¿Por qué se van tan pronto si acabo de saciar su antojo? Me quedo solo. La Catedral Primada se eleva frente a mí. Le doy una vuelta y el Lucas se acerca, le doy una moneda y tranquilo él se queda. Paseo de vuelta, hay cuentas que hacer. El maíz a quinientos y la moneda se fue. ¿Ahora qué hago sin dos mil doscientos para volver?

Nicolás Carvajal, 16 años, Suba.

N° 5481

Título: Perspectiva

A través de estos ojos de perro vi el amanecer de la Plaza Quevedo, las calles empedradas de La Candelaria; recuerdos felices y lugares de infancia. A través de estos ojos de perro, vi al ejecutivo, al indigente, al policía y al delincuente. Vi la casa del poeta Silva, la quinta de Bolívar y al samaritano que me arrojó un pan. Vi las flores del Cementerio Central. Mi alma atrapada en este cuerpo extraño. Vi mi nombre en la lápida de mármol blanco. A través de estos ojos de perro, encontré la vida después de la muerte.

Joan Sebastián Camargo Ruiz, 30 años, Suba.

Nº 6721

Título: La abandonada

Un domingo más cumpliendo una promesa al Divino Niño. Durante el sermón, el sacerdote se acercó ella, se veía tan frágil y cansada, respiraba y caminaba con dificultad ayudada por una rama gruesa en forma de bastón. Buscaba una silla en donde descansar, desde lejos vi un lugar, le ofrecí mi brazo y la acompañé, sentí su mano tibia que me agarraba fuerte, la deje en la banca y me devolví, ocasionalmente la miraba desde allí. Cuando todo terminó quedó sola, confundida y triste, añorando que alguno de sus hijos dejara de beberse su pensión y la recogiera.

Leydi Arias Castellanos, 35 años, Barrios Unidos.

N° 3808

Título: Ciertamente lo valió

Este es un relato sobre dos personas queriendo enamorarse sin importar la distancia. Andrew vive en Kennedy y Andrea en Chía. Cada semana se encuentran al menos una vez en algún centro comercial de Bogotá. Allí recorren cada piso mientras hablan y comparten un postre. Odian la hora de despedida. El camino de regreso a casa es el verdadero sacrificio por amor. Transmilenios, alimentadores y buses atestados con gente cansada que se codea por recibir un poco de aire; y entre ellos, un par de enamorados que creen que vale la pena.

Laura Andrea Amórtégui Brito, 24 años, Kennedy.

Nº 3874

Título: La caída

Sáenz quería saltar, acabar con su vida. El dinero ahorrado para la universidad de los hijos, para su retiro, el viaje a Europa, tantos años de esfuerzo, todo había desaparecido. Titubeó antes de lanzarse, chilló cuando sus manos se aferraron al aire. Con un pie todavía en el alféizar escuchó que su mujer entraba, —¿Qué pasa, querido? —le oyó decir, pero Sáenz ya iniciaba su caída, se precipitaba gritando, quedándose sin aliento. Sintió el golpe, el dolor en la nariz. Su mujer lo miraba desde el borde de la cama, sonriendo.

Julián Alfredo Reyna Karkomés, 35 años, Usaquén.

N° 5777

Título: Amor por metro

Una mañana me preguntó hasta cuando duraría mi amor por ella. —Hasta cuando el metro esté en funcionamiento—le respondí—. Ella sonrió. Sabía que pasaría su vejez a mi lado.

Mario Porras, 23 años, Bosa.

Nº 466

Título: Sobre mi madre

La memoria siempre tiende a tergiversar los recuerdos, llenando los agujeros con eventos presentes. Sin embargo, lo que jamás olvidaré, es la sensación de nostalgia que me genera pisar las hojas secas. Mi madre adoraba esa sensación; recuerdo sus pies desnudos bajo los árboles del Salitre, el crujido, la risa; y yo, caminando por las calles empedradas de la antigua Bogotá, me encuentro con algunas hojas amarillas y corro a pisarlas, a evocar su sonrisa, y casi inmediatamente sonrío también. Es cierto que no hay mejor herencia que los recuerdos que nos enseñaron a ser felices sin dinero.

Víctor Freyman Vargas Pedraz, 36 años , Engativá.

Nº 3988

Título: La luz del mundo

Llevaba en su mano el pequeño cirio que había comprado en la entrada del funicular. Era su primera visita a Monserrate y la decepción de un teleférico averiado fue reemplazada por la esperanza de rendirle culto al señor caído. Caminó hasta el santuario deteniéndose a cada tanto a mirar los pedazos de ciudad enmarcados por árboles frondosos de aspecto foráneo y buscó donde encender la vela. Se encontró con un letrero que pedía depositar el símbolo de cristo en una caja. Cumplió resignado la instrucción sin saber si la ofrenda sería encendida o entregada a la entrada para su reventa.

Carlos Alberto Mendoza Vélez, 36 años, Usaquéen.

Nº 7736

Título: Última parada

—El valor del dulce lo pone Dios en sus corazones. Así terminaba la intervención de aquel que fue campesino, y que ahora se las rebusca. Con la misma amabilidad con la que los repartió, recoge el fruto de su discurso. Cuando llega a mí, el bus se detiene, soy el último y olvida recoger mi dulce, intento alertarlo, pero la puerta se cierra, el bus arranca y destapo la envoltura. Siento pena, ahora le debo otra a Don Luis, ese hombre con mi acento, que me fiaba chokolatinas que no pude pagarle antes de que le tocara salir del pueblo.

Brandon Alonso Africano Gómez, 21 años, Suba.

Nº 3811

Título: El hombre de la bandera de Colombia

Lo he visto en Monserrate, en la Plaza de Bolívar, en la Media Torta o caminando por la carrera séptima. Lo he visto en todos los festivales al parque, en los de rock, salsa, jazz y folclor. Lo he visto en manifestaciones animalistas, estudiantiles, sindicales. Lo he visto cuando se posesionan los alcaldes de la ciudad y en visitas de personajes ilustres como el Papa Francisco. Nunca falla a una cita con Bogotá. Imagino que cuando este hombre muera los habitantes de la ciudad seguiremos viendo en todo lado su fantasma vistiendo su cachucha con la banderita de Colombia.

Rafael Andrés Melo Montaña, 31 años, Fontibón.

Nº 6917

Título: ¡Crash!

Estamos en el tercer piso, tenemos la luz apagada y mamá me abraza. —Ábranse. ¡Acá no los queremos! —gritan afuera—. Desde la ventana veo como tiran al piso el letrero de la fundación. Escucho a mamá llorar y recuerdo el día que amenazaron con matarnos en Tumaco. Están rayando las paredes con aerosol negro "Malditos desplazados", leí el día siguiente. Trato de no llorar y recuerdo el océano, a Isabel, los partidos de fútbol y que acá es más seguro. ¡Crash! Empiezan a caer los cristales de la habitación en la que estamos. Mamá me aprieta. Ellos se van.

Laura Vanesa Suárez Romero, 20 años, Fontibón.

N° 2447

Título: El frío

La niña tan solo esperaba el sol. Hacía ya un par de semanas que habían llegado a Bogotá desde Yumbo, pero ella aún no lograba acostumbrarse al frío. Miraba las nubes oscuras con desprecio mientras recordaba el calor del Valle. Apenas tenía nueve años y ya sentía nostalgia por su pasado. Sin embargo, ella entendía. Sabía que su madre estaba enferma debido a la contaminación de las fábricas, y que en Bogotá había más posibilidades de que se curara. El frío era el costo por la salud de su madre. Gotas de lluvia empezaron a caer y la niña sonrió.

Ariadna Carbonell Huérfano, 37 años, Teusaquillo.

N° 3528

Título: Días

2600 metros. Amanece, café con pan, ir tarde, afanarse, salir, Doña Rosa, chaza, cigarrillo, minutos a todo operador, estación, TuLlave, Transmilenio, esperar, estudiantes, empleados, sueño, próxima parada, caminar. Quince minutos tarde, empezar, trabajar, reír, aprender, leer, hacer, organizar, presentar. Meridiano, corrientazo, sopa o ensalada, plato fuerte, jugo de piña o jugo de guayaba, menta de postre, tinto, retomar, trabajar, entregar, terminar. Cielo naranja, TuLlave, radio, ventana, bicicletas, carros en pico y placa, trancón, rebuscar, canciones, dulces, \$200, tres en \$500, próxima parada, comprar pan, pagar recibos, llaves, hogar, familia, amor, tareas, cocinar, cenar, reunirse, contar, escuchar, historias, planes, descansar.

Manuela Pineda Sopó, 29 años, Suba.

Nº 6994

Título: Contratiempo

El dispositivo tenía dos cargas. El viajero escogió el asesinato de Gaitán y la muerte de su esposa. Podía cambiar el destino de miles. Bajó la palanca. 1948, pleno centro, tenía segundos. Desarmó a Roa y lo tiró al suelo, Gaitán a salvo. Bajó la palanca. 1960, Chapinero, su mujer cruzaba la calle y el auto ya venía zumbando. La empujó para salvarla, pero, contrario a sus cálculos, él mismo cayó bajo las ruedas. Consta en la pesquisa que Ulises Piedrahita desapareció el 9 de abril de 2017. Objetos personales encontrados: una extraña máquina y el retrato de su mujer.

Óscar Eduardo Adán Díaz, 37 años, Suba.

Nº 6738

Título: Blindado

Escucha atento el sonido de las monedas saliendo de los bolsillos y de las carteras. Sus ojos parecen canicas. Tiesos, vaciados del instinto de moverse para buscar la luz. Lo que sí mueve es su bastón, como la nariz nerviosa de una rata, por el piso del bus y entre los pies de los pasajeros. Con su guitarra astillada atraviesa el pasillo, blindado por su oscuridad, ajeno a las caras de lástima de un público difícil. —Una más —dice—, y algo se mueve bajo sus párpados. Cuando canta hace creer que finge su ceguera.

Francisco Chaves Diaz, 32 años, Chapinero.

N° 6429

Título: Últimos habitantes

Un día mi hermana mayor se perdió en estas calles. Yo crecí buscándola, mi padre se fue lejos buscándola, la cabeza de mi madre se perdió buscándola, la risa de mis hermanos se esfumó buscándola. Nada de eso volvió. De tanto preguntarla me aprendí todas las calles, todos los rostros y los ríos. Un día, una mujer extraña me tocó el hombro, —¡Cuánto te he buscado! —dijo, mientras me abrazaba. Le tomé la mano y fuimos a buscar lo que antes se nos había perdido. Pero fue inútil. Bogotá había cambiado tanto que ya no supimos a dónde ir.

Francisco Fabián Torres Guevara, 22 años, Suba.

N° 7846

Título: Lunes otra vez

5:10 a. m., noche aún. Sin sábado, sin domingo, sin dormir. Pero con el informe listo. En el espejo mi rostro demacrado, ojeras acentuadas y las arrugas que confirman mis 37 años. 5:35, el cielo despejado. Me preparo para la bipolaridad climática bogotana. Visto saco, abrigo y paraguas. Cierro la puerta con un fuerte suspiro. —“Aquí vamos de nuevo” —pienso—. Veo el Transmilenio extraordinariamente vacío. Rebotó sobre los 1.001 huecos mientras voy elevada en pensamientos que brincan interminables, angustiantes. Luego de una hora larga de trayecto, camino bajo el normal aguacero. Aquí estoy frente al edificio cerrado. Otro lunes festivo.

Catalina Noriega, 36 años, Chapinero.

N° 3532

Título: ¿Para dónde va?

Antonio subió al auto radiante, recién perfumado y con una amplia sonrisa. —¿A qué se debe su emoción? —se atrevió a preguntarle el conductor, asombrado por la efusividad de su nuevo pasajero. —Tengo una cita. Una hermosa chica me está esperando. Lleva mucho tiempo ahí, es algo complicada y no le gustará que justo hoy, el día de nuestro aniversario, llegue tarde. —Si es así, pues pongámonos en marcha, porque con el tráfico de esta ciudad nunca se sabe. ¿A dónde lo llevo joven? —Al cementerio central, por favor.

Laura Sofia Arias Rayo, 16 años, Kennedy.

Nº 622

Título: Un día oscuro

Era una mañana fría y oscura. Me levanté sigilosamente y salí con los pies descalzos hacia la sala. Pasé por el cuarto de mis papás pero no estaban; cuando llegué al comedor mi mamá estaba con lágrimas en los ojos mirando una foto. Le pregunté qué pasaba, pero no me contestó, parecía no escucharme. Le seguí insistiendo. Cuando entré a la cocina vi sobre la mesa unos papeles que notificaban mi muerte.

Juan Esteban Sarmiento Pajoy, 15 años, Suba.

Nº 5286

Título: El colado de dos milenios y de Transmilenio

En la niñez se burlaba y se escondía del cobrador del tranvía para no pagar. Adulto se colaba en los Pegasso y los trolley de la Empresa Distrital de Transporte Urbano. Más adelante en los buses de Sidauto. Ya anciano, y pese a tener dinero en su bolsillo, pasaba bajo los molinetes o hacía maromas para ingresar gratis por las puertas de las estaciones del Transmilenio. Quedó con la frustración de colarse sin pagar en un metro que nunca verá. Ahora, se saborea cuando ve pasar alguna carroza fúnebre que ojalá lo lleve gratis a su destino final.

Juan Isidro Cantor Nieto, 46 años, Fontibón.

N° 6966

Título: El veinte

Agarré el incienso que aromatiza el recorrido, el escapulario y la novena. —No se le olvide la estampita —me advierte—. El chicharrón y la arepa tendrán que esperar una hora. —Se le va a hacer tarde mijo. Apúrele —dice mi madre. —¿Es el regañón? —le pregunto—, —Sí, el de las 9. Se sumergen en el tumulto mientras el padrecito regañón saluda al gentío. —Aproveche y agradézcale al divino niño. —Ya mamá. Hoy cumplo el noveno... Ya hoy se me hace el milagrito. —Claro mijo a eso viene uno al veinte —¿Y el chicharrón? —También... rece y se le cumple.

Camilo Alvarado, 28 años, Los Mártires.

N° 5797

Título: No es mi intención incomodar

Es una tarde lluviosa, el bus va hacia el sur por la carrera décima. "—Otro que se sube a pedir plata" —piensa Diana, mientras se pone los audífonos y se hace la dormida—. Está cansada de tantos habitantes de calle repitiendo lo mismo: "No es mi intención incomodar, prefiero pedir que robar". De repente, se siente observada y abre los ojos. Él está parado junto a ella. Entre la suciedad y la delgadez, Diana identifica el rostro de su hermano mayor que decidió irse de casa hace unos años. Está allí con su mirada perdida, preguntándole —¿Me desea colaborar?

Claudia Sofía Díaz Vásquez, 31 años, Ciudad Bolívar.

Nº 7096

Título: Libreros

Don Miguel y Doña Aurora disfrutaban volver en el tiempo una vez al día. Sentado con sombrero negro y traje impecable, siempre la espera como si fuera su primera cita. Y ella, despampanante con su vestido azul y una pañoleta amarrada al cabello, entra y se sienta frente a él. La silla de Gaitán, una reliquia, y la atmósfera los envuelve en aquellos vestigios de historia que los une, cuando ambos decidieron tomar el Callejón de los Libreros, cruzaron miradas en aquel Café llamado San Moritz y dónde más de un par de enamorados escuchaban los primeros boleros.

Sergio Andrés Calderón López, 21 años, Usaquéen.

N° 7851

Título: Ojalá Manuela...

Colecciono globos de nieve. Este es mi preferido porque tiene adentro una Bogotá chiquitita en pleno invierno. Una mañana desperté en una casita de madera, pintada a mano, viendo mi gigantesca y deforme habitación desde adentro del globo. Nadie me escuchó gritar. Días después, Manuela vino a buscarme. Sin querer, tumbó mi globo al piso. Bogotá quedó destruida. Ahora paso mi tiempo entre escombros, esperando a que vuelva Manuela a reparar la grieta del cielo. Es lindo tener la ciudad entera para uno. El otro día me pareció ver, entre las ruinas nevadas de Monserrate, los ojos de un tigrillo.

María del Mar Escobedo Remolina, 26 años, Usaquén.

Nº 6323

Título: Luna llena

Luna. Sombra caminando. Lo vieron en La Candelaria y el Chorro de Quevedo. Giró rápido por la séptima. Desasosiego. La gente temía, los rumores iban y venían. Gabriel Sánchez, policía, lo buscaba. Cuando tenía la certeza de atraparlo, aparecía en otro lugar. Encontró la Plaza de Toros, lo tranquilizó. Trepó una pared, silencio, olor de otro tiempo. Luna llena. Desde las torres lo avistaron, no debió dormirse. Gabriel, el Elegido, sintió la cercanía de la bestia, su respiración de macho. Sigilosamente se acercó. Descargó el revolver en su pecho, sangre a borbotones. La noticia: “En Bogotá se encontró al Minotauro”.

Sonia María Estrada Vásquez, 57 años, Chapinero.

Nº 7204

Título: Polaroid de locura ordinaria

Caminaba por Lourdes cuando lo reconocí, un borracho jugaba con lo que me pertenecía, el instrumento que daba por perdido tras entregarlo en una compraventa de la Caracas al inicio de semestre. Le expliqué y ofrecí una cantidad considerable (más de lo que había recibido al entregarlo) pero el hombre permanecía inmutable. En un rápido y cantinflesco movimiento, le puse una bolsa en la cabeza y le arranqué mi violín. Corrí aterrado como si un toro me persiguiese. Cuando terminé de contarle todo, mamá se echó a llorar. Dijo que yo nunca había tenido un violín y llamó la ambulancia.

Jhonatan Duquino Rojas, 30 años, Barrios Unidos.

Nº 6054

Título: Epitafio

Si no hubiese sido por los trancones, habría vivido unos quince años más.

César Augusto León Valdés, 63 años, Suba.

Nº 7998

Título: Fui portero del Deportivo Independiente Santafé

Algunos bogotanos saben cuántas veces los equipos Santafé y Millonarios se han enfrentado en El Campín, pero pocos recuerdan que por razones de seguridad las puertas de salida de ese estadio no pueden permanecer cerradas cuando está colmado de espectadores; tampoco pueden mantenerse abiertas porque eso afectaría el negocio. Una solución ingeniosa en los años ochenta fue mantener las puertas ajustadas, con un candado puesto, pero sin seguro; de manera alternada los dos clubes capitalinos contrataban jovencitos para vigilar cada puerta e impedir que alguien entrara furtivamente. Ese fue mi primer empleo: atajar colados como portero del Deportivo Independiente Santafé.

Manuel Pachón, 50 años, Suba.

N° 8571

Título: En los puentes

Cuando te acostumbras, este sitio no es tan malo. Papá prefiere la calle. Yo también, en los buses me mareo. Aquí o te compran o pasan de largo. No tienes que aguantarte sus caras largas o sus miradas con lástima para que al final te digan: “no”. Deberíamos escribir otro letrero. Le dije a mi papá que bolsas no se escribe así, él dijo que lo sabe, que no es burro, pero que a veces hace falta que la gente lo piense. Deberíamos vender otra cosa. Las bolsas son tristes, pero eso es lo que compra la gente de aquí.

Stephany Méndez Perico, 27 años, Suba.

N° 7027

Título: El angelical Belcebú

Bajo la frialdad capitalina me encontraba paseando por la carrera séptima, lugar de actividades culturales y expresiones artísticas. Mientras caminaba, algo me llamó la atención: un pequeño tomado de la mano de su mamá observaba con cara de terror la estatua del diablo suspendida en el aire como por arte de magia. Llevaba su máscara de la muerte, vestido negro y empuñaba una guadaña. El pequeño, quien, tímidamente se negaba a salir del asombro, depositó una moneda a sus pies. La efigie lo miró sonriente y le dio la mano.

Luz Myriam Barragán Aguilar, 56 años, Fontibón.

N° 4076

Título: La lejana grandeza de Bogotá

En mi habitación hay un gran ventanal y según mi papá se puede ver toda Bogotá. Encerrada, como princesa en un castillo, me asomo y veo su grandeza. Parece un pesebre desde aquí arriba. A duras penas he visitado los alrededores de mi barrio en mi sillita de ruedas. Nací y vivo en Bogotá, pero desconozco de sus maravillas y desgracias. Le conté a mi mamá y me dijo: —Eso no es ni la mitad. — ¿Tan gigante es? —le pregunté observando las lejanas montañas con Monserrate en la cima. Anhele el día en que mis padres dejen de trabajar tanto.

Milena García Borja, 16 años, Ciudad Bolívar.

Nº 6874

Título: 100 Zombis

No entiendo lo que sucede. Creo que es ya el apocalipsis, la invasión zombi de la que tanto he visto en TV. Pero se los juro, los vi, los oí y tuve mucho miedo. Fue justo un miércoles de octubre, a eso de las 6 p. m.. Los vi, lo juro que los vi. Pero no eran peligrosos, solo iban caminando como si nada a cualquier parte por el puente de la 100, esperando abordar lo que parecía ser su salvación. Lo peor no fue el miedo, lo peor es que yo era uno más.

Rudy Moreno Rojas, 24 años, Suba.

N° 7811

Título: Amor ambulante

Entran por la misma puerta sin reconocerse. Tan pronto ella ve la caja sostenida a modo de plegaria y él divisa el canguro en su cintura, lo comprenden. Él queda detenido en el tiempo, ella aprovecha y exclama unas buenas tardes. Él cree observar normalmente a su colega, pero pronto advierte que sus movimientos finos y precisos al repartir las chocolatinas turcas, lo perturban, le entran sin filtro y si no fuera por su cara rígida, esculpida por la calle, sonreiría. Se abren las puertas, él coge impulso y le pregunta: — ¿Me acompaña en el siguiente bus? — ¡Hágale!

David Alirio Uribe Laverde, 26 años, Santa Fe.

N° 6322

Título: La ruta del venado

Miro por la ventana mientras llueve, miro hacia el parque donde nadie juega, sólo las golondrinas. Miro a la calle donde los carros hacen olas con los charcos. Miro el cielo donde el gris no es blanco ni negro, sólo tonos de gris. Miro las fachadas que tapan el paisaje y por una ranura entre los edificios logro ver los cerros, de donde vienen las aves y el agua. De donde quiero venir yo, quiero vivir en la montaña y salir en un artículo llamado: “Venado herido encontrado en la sabana sobrevive a todo lo demás lejos de la ciudad”.

Juan Buendía, 23 años, Teusaquillo.

Nº 8608

Título: En salsa

El primer extranjero que vino a Bogotá buscando salsa fue un tal Sergei Kozlov. Era fácil creer que en los años noventa un ruso aterrizaba en esta ciudad para meterle baile al cuerpo y no droga. Acertó mi acto de fe. En la entrada de la Universidad Nacional tropecé con Sergei y ese tambaleo, nuestro primer movimiento, continuó en el bar Son Salomé. Mis veintidós años lo sacudieron en el aire vaporoso que otros cuerpos desprendían, y, la torpeza de aquellos pies caucásicos no fue la misma de mis labios aturdidos. Nos movimos celebrando la costumbre humana del amor equivocado.

Isa Luisana Calderón Medina, 27 años, Engativá.

Nº 8515

Título: Mala noche

Desde hace veinte años mi vecino sale a las 7:00 a. m. con un maletín en una mano, la biblia en la otra y una voz de otro tiempo. Cada quince pasos (los he contado) grita: “¡El fin está cerca, arrepíentanse!”. Así recorre la ciudad y el día. Hace mucho no le prestaba atención. Pero hoy, quizá por una infección intestinal y una pésima noche, me fijé de nuevo en él: está encorvado, su ropa es demasiado grande y respira mal. Tenía razón, pensé. —“¡Arrepíentase, el fin está cerca” —le grité con sorna. Hace veinte años que odio a mi vecino.

Reinaldo Sarmiento, 34 años, Usaquéen.

Nº 7781

Título: La ciudad bajo la ciudad

Le quitaron la tierra. Con fusiles y sin palabras. Apareció en la gran ciudad, miles de kilómetros después. No tiene a nadie. vende helados en un parque del norte. Las palabras caen de los jardines de los edificios modernos, las saborea. Arrunchar, berrinche, chirriado, viringo, chancuco, chichipato, chusco. Los niños lo observan con intriga. Es la piel, supone. De regreso al sur, saborea las palabras que emergen de las alcantarillas. Bacán, bareto, paila, chumbimba, billullo, calceto, chicuca. Un día hunde la cabeza. Una ciudad nueva en las cloacas. Las sonrisas en la oscuridad.

Giovanni Torres, 37 años, Teusaquillo.

N° 7509

Título: Llueve y llora Bogotá

En el norte, el viento sopla con fuerza y estremece los techos de las antiguas casas de estilo inglés. Lucía levanta la mirada, observa su jardín desde la ventana, le preocupa que la lluvia destroce sus rosas. En el centro, gruesas gotas caen punzantes ocultando los cerros, Carlos levanta la mirada y observa a la gente, posibles clientes, huir buscando refugio. Le preocupa que la lluvia destroce sus libros en venta. En el sur, Magdalena levanta la mirada, ve el cielo llorando, oscuro y amenazante sobre su destartalado barrio de lata. A ella nada le preocupa, solo quiere seguir jugando.

Diana Milena Castro Urrea, 20 años, Engativá.

Nº 7868

Título: Hola, costal de pulgas

La estación estaba a rebosar de gente. Para mi sorpresa, a esa hora, un perro barbuchas esperaba paciente, a diferencia de los demás. Rabicapado y regordete, la suciedad en su pelo me llevó a deducir que se trataba de un callejero. La fila se fue reduciendo a medida que varios articulados fueron pasando. Se me estaba haciendo tarde. El barbuchas también hacía fila. Por fin logre tomar transporte; el gosque también entró y se acercó a la cabina del conductor. El hombre que manejaba lo vio, puso su mano en la cabeza peluda y lo saludó.

Fideblaymid Cruz Moreno, 24 años, Engativá.

Nº 2812

Título: Sin balas

En el último instante, Juan Roa Sierra se arrepintió y Gaitán fue el presidente populista más amado de Colombia. En cuatro años cesó el odio entre partidos, hubo tierra para todos y Bogotá pasó del tranvía al metro que comunicó la carrera séptima con la estación judicial de Paloquemao. Ahí, un estudiante de derecho descubrió en expedientes criminales los laberintos prehistóricos de Macondo, cruzados con el poder y el amor; en una soledad que duró setenta años desde aquel 9 de abril, cuando Roa salió a la calle sin balas.

Carolina Aldana García, 47 años, Teusaquillo.

N° 3041

Título: Amor a domicilio

Desde que empezó a trabajar desde su casa, la ciudad se le volvió un recuerdo. Cambió la aplicación de Transmilenio por Rappi, Uber Foods y Domicilios.com. Se llenó de imanes de lavanderías y tiendas de los barrios Ponteviedra, Santa Rosa y Pepe Sierra. Creó usuarios en todas las páginas web que le permitieran sacar certificados, pagar impuestos y poner quejas. Pero la ciudad no se olvidó de ella. Un día le mandó un domiciliario joven, noveno semestre de Sociología. Él se la llevó en su moto a pasear y ella le enseñó a poner quejas sin salir de la cama.

Paola Andrea Guerra Tamayo, 39 años, Suba.

Nº 3612

Título: Cinco minutos de fama

Cuando Bogotá comenzó a crecer como un pulpo hacia los cerros nosotros ni siquiera sabíamos nada de barrios ilegales. Unos años después, la loma se llenó de calles y postes de electricidad. Un tiempo más tarde, ya no éramos campesinos sino ciudadanos. Ahora están haciendo unos apartamentos que no dejan ver la ciudad. Hace algunos días vinieron a pintarnos las fachadas de las casas con colores chillones, y una gente de la televisora nos visitó y nos hizo una entrevista. Cuando llueve bajan muertos, ratas y mierda. Nadie dijo nada. Subimos al mirador y dijimos: ¡Qué bonita es Bogotá!

Zeuxis Vargas Álvarez, 35 años, Engativá.

N° 7597

Título: Los artistas

La ciudad gris e imponente, hacía frío. Ella, sentada en una banca, miraba impaciente, esperando a su amado. De fondo sonaba un bolero, en la esquina de esa misma calle, dos lánguidas figuras movían sus cuerpos sin gracia, con pasos torpes. Sus pieles ajadas al igual que sus trajes; sin expresión en el rostro se miraban fijamente como si el mundo acabara en las pupilas del otro. Amor maduro, paciente y tenaz era lo que había allí. Sintiendo miserable, la mujer se acercó a la pareja, les dejó unas monedas y se marchó perdiéndose entre las calles sin mirar atrás.

Alba Celmira Contreras Niño, 48 años, Engativá.

N° 8781

Título: Facundo pasea entre carros

Sonríe con la boca cerrada para que no se le escapen los dientes, muestra el pulgar arriba cuando los carros le pitán. En el andén, le gritan: ¡Cojo! ¡Mírame cojo! Y Facundo lanza su brazo hacia arriba y chasquea con la boca como quien no quiere la cosa. Facundo tampoco es cojo solo camina con tumbao, porque, aunque es de Bogotá, cree tener sangre negra, difícil de notar con sus ojos azules y su barba blanca. Baja por la 51 hasta Marly y grita: ¡Primooo Ferney!, un chochoano de casi dos metros sonríe, mientras el viejo de 1.50 cm se aproxima.

Rafael Eduardo Gómez Martínez, 22 años, Suba.

Nº 1327

Título: El Troli

Viernes en la tarde. Mis dos hermanos. La abuela. Quinientos pesos. La 63. El paradero. El Troli. La caída del cable. El trancón. Los curiosos. El conductor. Su traje gris, gorra y corbata. El cable en su sitio. El gran ventanal. Se reanuda la marcha. 53 con 24. La bajada. Los enormes escalones. La entrada: Sears. Las nuevas máquinas de helados. La cubierta de chocolate. Mis doce años, sus diez años, sus dos años. La Gran Piñata. Las pirinolas, las piquis, los juguetes caros. Pac-Man, las monedas. Las vitrinas. El cine. El regreso. El Troli. Nuestra infancia. Mis recuerdos.

Constanza Martínez Camacho, 41 años, Suba.

Nº 8803

Título: Frío

Bajo una cornisa bogotana, tres extraños se resguardaban de un aguacero. Primero llegó una mujer empapada. Luego, un hombre de espalda cuadrada y sombrilla. El rincón lo ocupó un afortunado hombre delgado. Juntos contemplan un barquito de papel flotando sobre una calle cubierta de agua a la sombra de los cerros orientales. Allí, el recuerdo cálido del mar envolvió a los transeúntes por un momento. La lluvia cesó. Los desconocidos olvidaron rápidamente la vida junto al océano y se separaron. Desaparecieron entre charcos, asfalto y papeles mojados. Se sumergieron en las cavidades de la ciudad. Ninguno volvió al mar.

David Leonardo Hernández Ospina, 31 años, Kennedy.

N° 8936

Título: Miradas

El timbre sonó. La puerta del bus se iba a cerrar. Nuestras miradas seguían enganchadas sin reparar en el gentío de la estación Centro Memoria. Esa ruta no me servía. Antes de poder pensarlo dos veces, seguíamos mirándonos mientras un arpa sonaba en el otro vagón. Hacía mucho tiempo no me dejaba llevar por un coqueteo con un extraño. En nuestros días ya casi nadie mira a los ojos, todos están concentrados en sus pantallas. Nos dijimos muchas cosas sin hablar. Como debe ser. Me bajé en Las Aguas esperando que me siguiera. La puerta se cerró.

Javier Irenarco Pinzón Pérez, 46 años, Teusaquillo.

Nº 7205

Título: Las palomas

¿Sabes quién realmente domina la ciudad? Así es, las palomas. Se cuestionarán el por qué, pero es lo lógico aquí. Ellas vuelan por toda la ciudad, saben de todo, viven de todo. ¿Y qué hacen con toda esa información? Se reúnen en la Plaza de Bolívar, donde secretamente vuelan hasta la oficina del alcalde, para controlar todo desde las sombras. Las palomas son maquiavélicas, disfrutan vernos subsistir. Ellas podrían arreglar la desigualdad, y los problemas como la infraestructura o el transporte. Pero no lo hacen, porque este es solo su juego. Es la política en sí misma. Las palomas.

David Santiago Rincón Pinzón, 16 años, Suba.

N° 6621

Título: Abrigo

Lo veo, apretada contra la ventana mientras el bus se detiene en una luz roja. Quizás no se haya dado cuenta de que son más de las diez ni de que arrecia un vendaval. Solo yace ahí, como muerto, tal vez muerto. Aunque me aterre pensarlo, lo que me incomoda no es que sea un hombre que ha hecho de un puente su techo. Lo que me hace temblar es que, mientras dormita, se cubre con la bandera, con mi bandera, con la bandera de los dos. Duerme ahí, en la calle, en la tormenta, envuelto en el tricolor.

Adriana Gabriela Gutiérrez Almanzar, 26 años, Suba.

N° 3493

Título: Lo más esencial

“¡Ey! Muy buenos días, disculpe por molestarle, posiblemente estaba leyendo o simplemente meditando; me presento, mi nombre es Rubén y el día de hoy voy a robarle lo más valioso de su vida, así que ¡manos arriba! ¡calzones abajo! ¡Exacto! Eso es lo que quiero robarle el día de hoy, su sonrisa. Sonreír es ser feliz y disfrutar la vida, sonreír es recordar que somos lo que no podemos dejar de ser: humanos, ese es nuestro origen, la próxima parada y nuestro destino. Disculpe, ¿usted podría cederle su silla a una mujer con 24 horas de embarazo? Embarazo es embarazo”.

Joehan Lallemand Bolaga y Romero, 35 años, Kennedy.

N° 3823

Título: Lista de mercado

Cuando no alcanzaba para comprar todo lo del diario, ella simplemente amontonaba todos sus chécheres reciclados y corría a la chatarrería de su barrio a venderlos. Era precavida, por eso siempre llevaba un esfero y un trozo de papel y mientras pesaban su mercancía anotaba orgullosa: -2 kilos de chatarra, -1 kilo de plástico, -10 kilos de botellas, -1/2 kilo de aluminio. Luego sacaba sus cuentas y salía feliz con los cinco mil pesos que reunía para completar el almuerzo y con un trozo de carne bajo el brazo.

Edith Jeanneth Toro Cuitiva, 40 años, Suba.

N° 6741

Título: Doña Lucero

Tanto respirar le va a costar la vida. Tanto abrir la boca para agarrar aire, para vivir sin oler las callecitas cagadas, las esquinas orinadas. Tanto ver de lejos la va a matar. Ver el cerro hecho un costillar, un esqueleto de luces. Hace cuarenta años la ciudad se veía distante. Ella tenía un potrero, dos hijos y una mancha blanca en el cuello. Pero el concreto, como el vitíligo, la invadió. Parece un dedo al que recién le quitan una curita. Su aliento es vaho en la ventana del bus, otra mancha que le va a costar la vida.

Diana Echeverri, 28 años, Teusaquillo.

Nº 4522

Título: Felicidad

Nostalgia. Melancolía. —¿Suenan parecido, cierto? ¿No le parece? —No señor, no son lo mismo —respondió con un halo de seriedad. Melancolía es una copada de brea detrás del corazón. Nostalgia es un vacío en la mitad de la cabeza. —¿Y el frío? —preguntó de nuevo, —El frío es melancolía y nostalgia en la mitad de los huesos. Una madrugada abrumadora, o bogotana, que es casi lo mismo. —¿Y la felicidad? —Hermano, la felicidad no es el calor, la felicidad es un tinto con mojjicón bajo el crepúsculo. Así nace Bogotá para morirse todos los días.

Julián Felipe Valdés Vásquez, 22 años, Kennedy.

Nº 8779

Título: Allegro moderato

Mi padre fue perdiendo la memoria peldaño tras peldaño, como quien desciende una escalera. Había sido pianista de la Orquesta Filarmónica. Al final, mi madre vendió su piano Bechstein porque no soportaba oírlo aplastar las teclas iracundo, enloquecido. Era un ruido de trastos, decía ella, de gatos corriendo sobre vidrios. Había sido profesora de lenguaje, —Si tildas grave la palabra memoria suena “memoria”, —le dijo a mi hijo mientras le explicaba los acentos. Mi padre y mi madre se sentaban de la mano a contemplar los cerros. Él señalaba Monserrate, donde se hicieron novios. Amor es palabra aguda, decía ella.

Sandra Milena Villegas Ávila, 36 años, Teusaquillo.

N° 4523

Título: Hábito

Un par de monjas llega por primera vez a Bogotá. La una le dice a la otra: —Dijeron que haría frío—. La otra le responde; —Y dijeron que habría tráfico—. La primera mira al cielo y dice: —Ni lo uno ni lo otro. Un bochorno endemoniado—. —Y diligencias sin retrasos —contesta la otra al cruzar la calle. Ambas clavan su mirada en el cerro de Monserrate y concluyen que ni el hábito hace al monje ni una ciudad puede ser juzgada por sus sábados.

Javier Galeano Pájaro, 33 años, Chapinero.

Nº 9129

Título: Contrastes

María, de ocho años, llega a la cocina buscando a su mamá; entonces recuerda que ella sale antes de aclarar el alba y se desplaza a la otra ciudad, la bonita, donde trabaja en una mansión. María se sirve aguapanela y se va a la escuela; espera que hoy no asista la muchacha que le pega. Piensa en Victoria, la señorita de tres años, que, en esos momentos, su mamá debe estar llevando a la ruta, puesto que la Señora también sale temprano a su oficina en su nave. Así, se entrelazan historias en esta ciudad de contrastes.

Gloria Inés Gálvez Osorio, 50 años, Barrios Unidos.

N° 6180

Título: El reciclador de sombrillas

Don Luis era un optimista crónico. En el barrio lo conocían como el reciclador de sombrillas. El creía en las segundas oportunidades. Su señora creía que él vivía en las nubes. Todas las mañanas, sol o no sol, se levantaba para recorrer las calles en busca de sombrillas desahuciadas. En su carretilla cargaba de todo tipo, de colores y con toda clase de daños. Para algunos, basura, para él su gran tesoro. En la noche, mientras su señora le cantaba la cantaleta, él y sus manos ya desgastadas se dedicaban a reparar sueños olvidados.

Johanna Paola Hernández Ruiz, 24 años, Suba.

N° 1964

Título: Jorge "El Mártir"

Era una señora de pocas palabras y un sólo amigo. Tenía un carro de aguas aromáticas que vendía de tienda en tienda por la séptima, desde el Parque Nacional hasta El Tiempo. En su hora de almuerzo, caminaba hasta el parque de Los Mártires, se sentaba y sacaba el tarrito de la comida junto a la estatua de Jorge "El Mártir", a quien le contaba sus historias de juventud. Sin embargo, esa tarde, sin que Doña Leonor lo imaginara, estaban reconstruyendo el parque y Jorge ya no estaba. Supo en ese instante que jamás tendría con quién volver a hablar.

Daniela del Pilar Castillo Manosalva, 24 años, Engativá.

N° 311

Título: San Moritz

Una tarde mientras tomaba una cerveza en el café San Moritz, observaba detrás del mostrador el cuadro del gato en tinta aguada; el dueño del local se encontraba a mi lado y le dije: —Véndame ese cuadro. El dueño sonrió y me contestó —Una tarde el doctor Jorge Eliécer Gaitán sentado ahí donde está usted, me dijo lo mismo y le respondí “—Doctor, cuando usted se gane la presidencia de la República de Colombia, se lo llevo de regalo—, —¿Votará por mí? —Claro mi doctor”. Ese día lo mataron; por eso el cuadro del gato sigue allí.

Luis Rogelio Iriarte Martínez, 62 años, Teusaquillo.

N° 8818

Título: Esa Bogotá

Tengo miedo de no llegar. De que el SITP tarde más y no regrese a casa. Tengo miedo de pasar la avenida, sortear los autos y los Transmilenios, pasar por la olla y que me roben. Dijeron que iba a cambiar, que la policía iba a estar siempre. Dijeron también que el accidente de papá fue solo eso, un accidente, una bala perdida mientras perseguían a un ladrón. Me da miedo que a mamá le pase igual, por eso ella no sale a recogerme, por eso dejé de asistir a clases y creer que podría vivir en un lugar mejor.

Paula Andrea Espitia, 20 años, Santa Fe.

Nº 1488

Título: El niche

Le decíamos el niche. Venía del Chocó. Llegó a clase un miércoles por la mañana. Dijo que le gustaba el fútbol y el pescado frito. Tenía los ojos amarillos y los dientes blancos. Al principio todos lo querían en su equipo porque suponían que era un crack del balón. Se equivocaban. En realidad, era un tronco y una pata brava de cuidado. Le iba mejor en matemáticas. Un día ya no volvió al salón. Nadie sabe qué le pasó. Una semana después su asiento fue ocupado por otro niño. A este le decíamos el flaco.

Jhon Alejandro Murillo Trujillo, 8 años, Bosa.

N° 3457

Título: Cómplice

Una vez más, la puerta de la casa del lado fue cerrada de un golpe iracundo. Una vez más, reclamos, insultos y provocaciones hicieron su entrada triunfal. Una vez más, el ruido de sus fotos matrimoniales al caer y el estruendo de sus gritos quebrantados por el llanto. El retumbar de las paredes del cuarto abre la puerta al silencio, la desesperación y la oscuridad; una silueta es dibujada por ese líquido rojo extravagante que produce náuseas y angustia. En la casa contigua, una sombra enciende un cigarrillo, sonrío, calla y susurra “ni una vez más.”

Sergio Pardo Moreno, 27 años, Kennedy.

N° 5715

Título: Efímero

Observaba con gran interés las edificaciones de Teusaquillo. De repente un bus de esos azules me cubrió la visión. Estaba enfurecida y golpeé fuertemente la ventana llamando la atención de uno de sus pasajeros. Él volvió su cabeza hacia mí y cruzamos la mirada. Sus ojos oscuros se postraron en los míos, penetrando un velo en mi alma. Moví mi cabello tímidamente sin perderle de vista. Me saludó con la mano y se golpeó torpemente. Lo amé en ese instante. Nos sonreímos con nostalgia al mismo tiempo, el semáforo cambió a verde y los buses tomaron caminos separados, nosotros también.

Daniela del Pilar Rodríguez Rodrigo, 22 años, Kennedy.

Nº 186

Título: La Capital

Cansada e intoxicada. Con la frente en alto y el corazón en bajo, con más smog que oxígeno y más carros que personas. Bogotá es la lucha del que rebusca y la apatía del que no necesita. Indolente ciudad, eres la vida que pasa todos los días igual. Eres el calor del rolo y el frío del turista, no dejas mucho que desear cuando te vienen a visitar, sigues siendo el sueño de muchos y la realidad de pocos que han podido progresar. Necesitas que tu gente te haga un favor: que vuelvan a sentirte como una ciudad de amor.

Andrea Valbuena, 27 años, Chapinero.

Nº 2821

Título: Un día de invierno

El día amaneció gris y muy lluvioso, un día típico bogotano, pensó que no le gustaría estar en ningún otro lugar, amaba esta ciudad, su gente, su tráfico enloquecedor, sus ruidos alucinantes, pero, sobre todo, su clima. ¿Cómo no amarlo si en él era útil? De pronto, sintió cómo unas manos frías lo palpaban, lo sacudían y lo abrían. ¡Era su momento de gloria, de brillar! Igual que un pájaro que abre sus alas y se echa a volar, se abrió al viento, sintió cómo las gotas de lluvia caían sobre él y pensó: ¡qué bueno es ser un paraguas!

Felipe Duarte García, 14 años, Teusaquillo.

Nº 732

Título: La pinta

Jiménez con décima. A toda carrera de la mano de mi papá por los almacenes de San Victorino, por un maremoto humano que amenazaba ahogarnos. —Camine rápido y no me suelte, —decía como si mi vida dependiera de eso. Y seguramente así era. A mis nueve, las historias que oía del centro eran aterradoras. Al terminar, subíamos por atrás a un cebollero con una bolsa que llevaba la única muda de ropa que nos compraban en el año. En el bus, por la ventana, deseaba trabajar en un edificio del centro para saber qué se sentía subir en un ascensor.

Jazmid Sarmiento, 40 años, Engativá.

N° 3450

Título: Morphis

Desde lo alto de sus cerros se divisan, enarbolados tonos grises teñidos de terracota. Brillan fugaces las luces reflejadas en el húmedo asfalto. Una ninfa de serpenteantes curvas verdes con el corazón de piedra. Al interior confluyen sus sentimientos, áridos, fríos como sus noches, inertes como el suelo que sirve de lecho a los olvidados: efímeros, tortuosos. Mientras que su contorno enseña que aún vive, Bacatá siembra en su figura sus sensaciones, llora en el páramo y sus lágrimas de manantial dan vida al reseco corazón mientras alumbra el sol en lo alto de su espina dorsal, allá, al oriente.

Jesús Eduardo Méndez Herrera, 28 años, San Cristóbal.

Nº 3684

Título: Sangre de Pegasus

Mientras huíamos, dijiste que las calles de Bogotá eran un sueño de pentobarbital. Apestabas con tu olor a laberinto de cristal y yo moría por escapar del califato de tus sombras. Fue entonces cuando se nos atravesó aquel hombre con cabeza de estornino. Vendía sangre de Pegasus en frasquitos de cristal esmerilado y decía que, si la bebíamos, podíamos acceder a los misterios de la invisibilidad. La ingerimos y funcionó, porque los que nos perseguían jamás encontraron a la pareja de toxicómanos que se robó un cuadro de Francis Bacon en la casona de la calle de los endemoniados.

Harold González, 39 años, Chapinero.

Nº 7171

Título: Bogotá la Alta

Tras diez horas de vuelo y un año lejos, supe que había regresado a Bogotá en el instante en que sentí su altura en mi respiración. Aunque ambas habíamos cambiado, nos reconocíamos. Cada bocanada de aire era como parte de un reencuentro con una vieja amiga. Reconocí aquel acento que nunca abandonó mi cabeza y sus diálogos. Reconocí mi reflejo en el rostro de los demás como si fueran espejos. Ahogada de nostalgia y altura, me aturdió el pito de un carro, que anunciaba el tráfico. Ajusté mi brújula con el oriente de los cerros y pensé: estoy en casa.

Natalia Ladino Becerra, 29 años, Suba.

Nº 598

Título: El portero

Cuando entré al colegio, en la calle ochenta y dos, la ciudad terminaba unas cuadras más al norte. Un portero malgeniado y testarudo, de edad indefinible, metido en un uniforme azul, con cachucha presuntuosa de general y zapatos relucientes de charol, nos abría ceremoniosamente la puerta, cerrándola luego con llave. Eudoro, el carcelero. Nunca le oímos decir una frase completa ni dejó de encerrarnos a las ocho y liberarnos cumplidamente a las cuatro. Yo lo veía más lento y roñoso cada año, con sus arrugas convertidas en barrotes, encerrado en sí mismo, como si él fuera el preso.

Mauricio Reyes Posada, 70 años, Chapinero.

Nº 8416

Título: Un clarividente en la ciudad

Durante años, cientos de curiosos han llegado a San Victorino con la intención de conocer el futuro por medio de la lectura de sus zapatos. Este clarividente ha tenido tanto éxito, que en una ocasión le pronosticó cáncer de garganta a un tinterillo con sólo validar el desgaste de la lengüeta de sus botines. El mismo hombre que pasa sus días en una caseta atestada de zapatos, es quien ahora descifra las vidas que inevitablemente comienzan a desvanecerse en las huellas de la indiferencia y la soledad; así lo interpreta, con la mirada inmóvil en el pie de un mendigo.

Jorge Andrés Rodríguez Pulido, 31 años, Barrios Unidos.

N° 3820

Título: Hacienda Los Molinos

Tenía la fachada gastada, llena de cicatrices y grietas. En la parte baja tenía humedad, un sótano oscuro, una sala capaz de abrigar a siete hijos, y claro, los molinos. En la planta alta había una biblioteca grande, un balcón y dos ventanales empolvados. Tenía césped en todo el exterior y uno que otro lunar en forma de flor. Las tejas habían perdido el hermoso color chocolate. Bajo la puerta principal, se escondían dos filas de baldosas manchadas con café, cigarrillo y tiempo. Las dos eran una: cuando María Luisa Pardo murió, la casa se desplomó.

Azarith Moreno Cortés, 20 años, Usaquéen.

N° 6286

Título: Extranjeros

¿Cuáles cerros? Preguntaron mirando el cielo nublado.

Maria Isabel Acosta Buitrago, 41 años, Usaquén.

Nº 3682

Título: Minotauros

Bogotá es una ciudad de distancias infinitas, de laberintos azarosos contruidos con calles trajinadas, con rostros multiétnicos, con coloridas puertas, con cerros envolventes y sueños inalcanzables. Aquí, quise buscarla a pie, atravesando cautelosamente cada portal y solo hallé veinte ciudades laberínticas con incontables escondites. Casi perdí la esperanza. Un día, bajando por la Av. Chile, un rostro de mil mestizajes me confió que ella también me estaba buscando. La imaginé vertiginosa, indómita y fugaz tras de mí. Entendí que se había perdido girando alguna esquina, ingresando a un portal, buscando esquizofrénica mi nombre. Bogotá nos extravió en el desvarío.

Hernan Mauricio González Zamora, 43 años, Engativá.

Nº 7156

Título: Eres tú

Voy hacia el portal de Suba en Transmilenio, se sube un joven con una guitarra a cantar, quiero ignorarle subiéndole a mi música. Veo que termina su canción y está hablando, por curiosidad quiero oírle. Algo me recuerda su voz, su mirada. ¿Será Gabriel? La última vez que nos vimos fue al montarse a ese bus que fue aplastado por maquinaria pesada hace 13 años. Él no estaba en la lista de los 21 niños fallecidos, pero después de ese día no lo volví a ver. Me le acerco y al verme me pregunta: ¿Óscar, eres tú?

Francisco Bustamante, 34 años, Santa Fe.

N° 6544

Título: La mirada

Todos los días entro a rezar al templo de San Francisco. Me gusta su olor a sombra y a muerte. También me gusta quedarme en la penumbra, quieto y en silencio, como una estatua más, observando la cara de las figuras de los Santos, que con sus ojos de vidrio miran como aterrados hacia el techo o a lugares que la mortalidad no alcanza a definir. Hoy me di cuenta que San Francisco me miró, y al hacerlo, sentí que me pedía ayuda para salir de la prisión en la que estaba.

Constanza Ivonne Mejía Acosta, 58 años, Usaquén.

Nº 2671

Título: La máquina del tiempo

En el 2014, mi profesora de sociales nos explicó cómo Bolívar y San Martín lograron unificar Latinoamérica en un solo estado, desde México hasta la Patagonia, con capital en Bogotá, y ser superpotencia rival de EE.UU, Europa y Rusia. El físico Llinás inventó la máquina del tiempo. Probamos el artilugio, viajamos al pasado para vivir los hechos en carne propia. Regresamos, pero ya no existe tal superpotencia y Bogotá solo es la capital de uno de muchos países. No regresaré al artefacto que trastocó la historia verdadera. Ahora Llinás afirma ser neurólogo y niega ser el creador del armatoste.

Sonia Sandoval Gaitán, 46 años, Engativá.

Nº 4227

Título: Corazón de hojaldre

Carlota vive en una casa vieja en el barrio La Soledad, sus días transcurren entre la nostalgia y los paseos por el parque. Un día, se coló por una de las ventanas el olor memorioso de los postres de su abuela, del arroz con leche que le preparaba para quitarle la tristeza. Carlota, añorando aquellas tardes, se dispuso a preparar un corazón de hojaldre, lo metió al horno y a las 5 p. m. estuvo listo. Se sentó en la mecedora, llamó a sus dos perras, Isla y Coral, prendió la radio y vio el atardecer con su corazón en la mano.

Linda Katherine Clavijo Abril, 26 años, Kennedy.

Nº 793

Título: Las casas desiertas

Hay algo malo con esta casa en Chapinero. A su izquierda y derecha se alzan enormes edificios nuevos. Sobreviviente del estilo colonial, la casa está ciega por sus ventanas rotas y exiliada del mundo para siempre. Nadie la compra, la visita ni la demuele. Pervive así la casa en su tiempo estancado, como un cáncer o un fantasma. Entre sus muros, la luz tiene efectos imposibles a cualquier hora y los hongos trazan rostros incompletos en la humedad. A su alrededor, la ciudad de los vivos crece imparable, ignorando que entre sus grietas los fantasmas también hacen nidos.

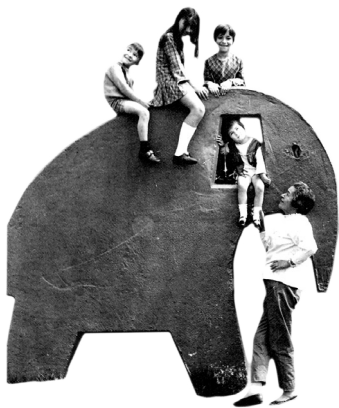
Luis Alberto Arenas Suescún, 38 años, Usaquén.

N° 3001

Título: Dramática Bogotá

Te he visto desnuda, coloreada de malva al amanecer, con olor a jazmín casi dormida, inocente e incluso desprotegida. Te he visto también al mediodía, estrepitosa y cálida, rebosante de vida, aunque a veces parezcas la más sombría. Y de noche, un poco ebria y algo frenética, te he visto salvaje, casi nostálgica, como despidas a la luz diáfana. Te veo y no me canso de hacerlo, porque eres mutable como el alma mía. A veces no duermes, a veces despiertas, a veces das miedo y pareces tan fría. Otras en cambio luces serena, nunca la misma, pero siempre dramática.

Sergio Méndez Porras, 33 años, Chapinero.



Bogotá se escribió en más de 10 mil caracteres, de más de 9 mil personas. Estos son los 100 mejores relatos del concurso Bogotá en 100 palabras, una iniciativa liderada por la Alcaldía Mayor de Bogotá y la Cámara Colombiana del Libro, para que los ciudadanos cuenten cómo viven y sienten la ciudad.

